

## Los millones de Brewster

Los millones de  
Brewster  
George Barr McCutcheon

Traducción  
Pablo Sauras

rara avis  
ALBA



## ALBA RARA AVIS

Título original: *Brewster's Millions*

© de la traducción: Pablo Sauras

© de esta edición:  
Alba Editorial, s.l.u.  
Baixada de Sant Miquel, 1  
08002 Barcelona  
www.albaeditorial.es

© Diseño: Pepe Moll de Alba

Primera edición: septiembre de 2014

ISBN: 978-84-9065-017-2  
Depósito legal: B-16.605-14

Impresión: Liberdúplex, s.l.u.  
Ctra. BV 2241, km 7,4  
Polígono Torrentfondo  
08791 Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

## Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

# Índice



Nota al texto	9
I. Una cena de cumpleaños	11
II. La encarnación de Aladino	17
III. La señora Gray y su hija	23
IV. Un segundo testamento	31
V. El mensaje de Jones	39
VI. Montycristo	51
VII. Una lección de tacto	63
VIII. El tiempo apremia	69
IX. El amor y un combate de boxeo	75
X. El Napoleón de las finanzas	83
XI. Los rescoldos del amor	91
XII. Desesperación navideña	101
XIII. Un amigo en apuros	109
XIV. La señora DeMille recibe	117
XV. Una fiesta frustrada	127
XVI. En el cálido sur	139
XVII. El nuevo explorador	149
XVIII. En alta mar	157
XIX. Dos héroes	165
XX. <i>Le roi s'amuse</i>	171
XXI. En el país de las hadas	183

XXII.	El príncipe y la plebe	191
XXIII.	Una propuesta de matrimonio	199
XXIV.	La estrategia del jeque	207
XXV.	El rescate de Peggy	219
XXVI.	El motín	227
XXVII.	Una traidora noble	235
XXVIII.	Una catástrofe	245
XXIX.	El regreso del joven pródigo	253
XXX.	El voto de la frugalidad	261
XXXI.	De cómo se evaporó el millón	269
XXXII.	La víspera	277
XXXIII.	La huida de Jones	283
XXXIV.	La última palabra	291

## Nota al texto



*Los millones de Brewster* se publicó por primera vez en 1902 (Grosset & Dunlap, Nueva York), bajo el seudónimo de Richard Greaves. George Barr McCutcheon, que se había hecho famoso con su primera novela, se apostó 100 dólares con su editor a que el nombre del autor no era tan importante como la propia novela para que ésta triunfara, y por eso quiso servirse de un seudónimo. Ganó la apuesta.

# I. Una cena de cumpleaños



Los «Retoños de los Ricos» estaban reunidos alrededor de una mesa larga en el estudio de Pettingill. Eran nueve aparte de Brewster: jóvenes todos, con espíritu más o menos emprendedor y fe en el porvenir. La mayoría tenía apellidos que significaban algo en la historia de Nueva York; de hecho, uno de ellos había observado que «a un hombre se lo conoce por la calle que lleva su nombre». Como se acababa de incorporar al grupo, los demás lo llamaban «Metro».

El más popular de todos era el joven «Monty» Brewster. Era alto, caminaba erguido y se afeitaba con esmero; la gente decía de él que tenía pinta de «pulcro». Interesaba a las mujeres mayores porque sus padres se habían casado por amor y de manera clandestina, y nunca se les había perdonado. Interesaba a las mujeres de mundo por ser el único nieto del multimillonario Edwin Peter Brewster, cuya fortuna Monty confiaba en heredar, a no ser que su abuelo la donara, por despiste, a una organización benéfica. Interesaba a las mujeres más jóvenes por una razón más sencilla y evidente: se sentían atraídas por él. A los hombres les caía bien porque era buen deportista y muy viril, y también porque se respetaba a sí mismo y no sentía demasiada aversión por el trabajo.

Sus padres habían muerto cuando era niño y, como para compensar los largos años de intransigencia, su abuelo lo había acogido en su casa y lo había cuidado con lo que Monty llamaba cariño. Sin embargo, tras terminar la universidad y pasar unos meses en Europa, el joven había decidido independizarse. Es verdad que el viejo Brewster le había conseguido un trabajo en el banco, pero, por lo demás, y dejando aparte algunas cenas esporádicas, Monty no pedía ni recibía favores. Tenía que trabajar mucho y por poco dinero; vivía de su sueldo porque no le quedaba otro remedio, pero no se quejaba de la actitud de su abuelo. Prefería gastarse a su antojo el «sueldo semanal», como él lo llamaba, antes que ganar más dinero cenando todos los días con un anciano que no recordaba haber sido nunca joven. Era menos agotador, decía.

Los Retoños de los Ricos siempre celebraban los cumpleaños con grandes banquetes. Así, la mesa estaba llena de viandas suministradas por el restaurante francés del sótano. En un momento de la velada, los comensales echaron las sillas hacia atrás, encendieron cigarrillos y cruzaron las piernas. Entonces Pettingill se puso de pie.

—Caballeros —comenzó—, nos hemos reunido para celebrar el veinticinco cumpleaños de Montgomery Brewster. Os pido que brindemos todos por él, deseándole una vida larga y feliz.

—¡Apuremos las botellas! —gritó alguien.

—¡Brewster! ¡Brewster! —corearon todos—. ¡Porque es un tipo excelente! ¡Porque es un tipo excelente!

El sonido de un timbre cortó en seco esta expansión afectuosa. La interrupción era tan poco común que los diez miembros del círculo se pusieron muy tiesos, como impulsados por un resorte.

—¡La policía! —conjeturó uno.

Todos se volvieron hacia la puerta, donde un camarero dudaba si girar el pomo o correr el pasador.

—¡Qué fastidio! —protestó Richard Van Winkle—. Quiero escuchar el discurso de Brewster.

—¡El discurso! ¡El discurso! —repitieron los comensales, acomodándose en sus sillas.

—El señor Montgomery Brewster —dijo Pettingill a modo de presentación.

De nuevo el timbre, estridente y prolongado.

—Refuerzos. Seguro que hay una patrulla en la calle —dijo Oliver Harrison.

—Si es solo la policía, que entre —sugirió Pettingill—. Pensaba si no sería un acreedor.

El camarero abrió la puerta.

—Preguntan por el señor Brewster —anunció.

—¿Es guapa? —gritó McCloud.

—Se llama Ellis, señor, y le envía el abuelo de usted.

—Salude a Ellis de mi parte, y dígame que le comunique a mi abuelo que el banco está cerrado, y que le veré por la mañana —dijo Brewster. Las bromas de sus amigos le habían hecho ruborizarse.

—El abuelo no quiere que su pequeño Monty salga por la noche —se rió Metro Smith.

—¡Ha sido todo un detalle por su parte enviar al hom-

bre con el cochecito de niño! –exclamó Pettingill en medio de la hilaridad general.

–Dile que ya te has tomado el biberón –añadió McCloud.

–Camarero, dígale a Ellis que estoy demasiado ocupado para recibir a nadie –ordenó Brewster.

Mientras Ellis bajaba en el ascensor se desató el griterío:

–¡Ahora el discurso de Brewster! ¡Brewster!

Monty se puso de pie.

–Caballeros, parecéis haber olvidado que hoy cumpla veinticinco años; vuestros comentarios son infantiles y del todo incompatibles con la dignidad que corresponde a mi edad. Es evidente, por mi elección de amigos, que he entrado en una etapa de comedimiento, y la famosa fortuna de mi abuelo me hace, sin duda, acreedor de su respeto. Habéis tenido la gentileza de brindar por mi salud, y habéis conseguido que no me preocupe por la vejez que se acerca. Ahora os ruego que os levantéis para brindar por los Retoños de los Ricos. ¡Que Dios nos bendiga!

Una hora después, «Rip» Van Winkle y Metro Smith estaban cantando *Dime, hermosa doncella* con el dudoso acompañamiento al violín de Pettingill cuando el timbre volvió a interrumpir la celebración.

–¡Por el amor de Dios! –exclamó Harrison, quien había dedicado *Con todos tus defectos, todavía te amo* al maniquí de Pettingill.

–Vuelve a casa, nieto, vuelve a casa ahora –dijo Metro Smith.

—Dígale a Ellis que se vaya a Halifax —ordenó Montgomery, y el visitante bajó de nuevo en el ascensor. Su rostro, normalmente impassible, ahora expresaba preocupación. Hizo ademán de volver al piso de arriba dos veces, moviendo la cabeza con gesto vacilante, pero finalmente se subió al coche y se marchó de mala gana. Sabía que era una fiesta de cumpleaños, y que no eran más que las doce y media de la madrugada.

A las tres regresó y, tras subir en el ascensor, se precipitó hacia el timbre con semblante decidido. Los comensales pararon de cantar, guardaron silencio unos instantes y luego estallaron en carcajadas.

—¡Adelante! —gritó una voz jovial.

Ellis entró con paso firme en el estudio.

—Llega usted justo a tiempo para tomarse la última copa, Ellis —dijo Harrison, acercándose a toda prisa al criado.

Ellis le miró con gesto impávido y levantó una mano.

—No, gracias, señor —respondió cortésmente—. Si me disculpa por interrumpir, señor Montgomery, quisiera darle los tres recados que he traído esta noche.

—Es usted un tipo leal —balbuceó Metro Smith—. A mí no me apetecería trabajar para nadie hasta las tres de la mañana.

—Vine a las diez, señor Montgomery, con un recado del señor Brewster deséandole un feliz cumpleaños, y un cheque por valor de mil dólares. Aquí lo tiene. Si le parece bien, le transmitiré los mensajes en el orden en que han llegado. A las doce y media vine con otro de parte del doctor Gower, a quien habían hecho llamar...

—¿Cómo dice? —exclamó Montgomery, poniéndose pálido.

—Sí, señor; el señor Brewster sufrió un ataque al corazón a las once y media. El doctor me encargó que le comunicara que el señor estaba a punto de fallecer. El último recado...

—¡Dios mío!

—Rawles, el mayordomo, le envía recado de que acuda de inmediato, si puede, a casa del señor Brewster... si así lo desea, quiero decir —aclaró Ellis, como disculpándose; y, mirando fijamente por encima de los comensales, que se habían quedado callados, añadió en tono muy solemne—: el señor Brewster ha fallecido.